

## A PROPOSITO DE UN «BOLIVAR»

En trance de pensar sobre los motivos que determinaron la independencia de América —y el tema es, ciertamente, de los que más atraen, por tocar a puntos muy vivos de la Historia de España—, el hecho que acude en último término, probablemente, al recuento de antecedentes, es el significado por los defectos, demasías o errores de que pueda adolecer la obra cumplida por nuestra patria en sus antiguos reinos o provincias de Ultramar. Y esto no sólo porque en la administración colonial o en la gestión imperial de cualquier otro pueblo se ofrezcan más yerros y menos aciertos que en la vasta y perdurable misión hispánica, de singular grandeza, sino también porque la causa misma de la independencia de América se achicaría en cuantioso grado si hubiese influido, primordialmente, para promoverla y conseguirla, un espíritu de desquite, a título de venganza y no por razón de justicia, en función de los agravios o perjuicios que causarían al indígena este virrey, ese capitán general o aquel togado, encomendero, veedor... Cuando un pueblo, un haz de pueblos, un continente, logra independencia absoluta, es porque en el fondo de todo lo acaecido venía alentando, bajo formas diversas y por encima de las anécdotas traídas a interesado cuento, nada menos que una categórica cuestión de destino histórico. El destino a que aludía, en pleno ciclo de guerras hispanoamericanas, don José García de León y Pizarro, ministro de Fernando VII, en etapas de rey absoluto: "La América —afirmaba— debía seguir la suerte que la naturaleza ha destinado a todas las posesiones apartadas y separadas por dificultosos intervalos geográficos de sus matrices; debía emanciparse; así es verdad que la pérdida de nuestras provincias americanas no es hija sino de la naturaleza de las cosas y no culpa de nadie..."

Con todo, no cabe desconocer que el argumento de la torpeza, de la violencia, de la rapacidad españolas, tuvo su auge no por infundado menos operante, en el tiempo de las guerras que determinaron la quiebra de la unidad política hispanoamericana, reproduciéndose, agravada en la palabra y en la acción, la ofensiva cuyo arranque —de la consabida “leyenda negra”— guarda estrecha relación, por lo que hace al frente americano, con los alegatos de fray Bartolomé de las Casas. Aunque los servicios de propaganda son de hoy, cualesquiera guerras se asistieron siempre de esa arma incruenta y arrojadiza, que tanto tiende a exaltar los valores propios como a anular los del enemigo. El hispanoamericano en armas no pudo por menos de revolverse contra el prestigio de España, porque de esta manera creía fundamentar mejor su anhelo de emancipación, y también —digámoslo todo— porque la desconceptuación de nuestra patria interesaba a las Cancillerías extranjeras que concedían su apoyo a los insurrectos, desde el aliento político hasta el material de guerra. Tan circunstancial, por puramente táctica, era la necesidad en que se vió el hispanoamericano de desprestigiar a España, vista en su decadencia, que, una vez salvada la coyuntura bélica, han sido precisamente plumas americanas —del sur, del centro y del norte— las primeras en disipar equívocos y en difundir la resplandeciente verdad de la conquista y colonización de América; esto es, de los hechos por los cuales el Nuevo Mundo ha sido incorporado a la civilización por antonomasia, que los americanos mismos contribuyen desde entonces a enriquecer y matizar. Obra de tal magnitud y calidad se impone ya a todos los juicios y a todos los sentimientos, por lo que el español peninsular y el español ultramarino se reconocen hermanos en un común abolengo. De lo que a la vez resulta que los contados detractores de la misión hispánica no lo son por amor a América y mejor servicio a su destino, sino por desconocimiento de España y de su historia, o por resuelto odio a cuanto lo español representa.

Da ocasión a estas elementales consideraciones una biografía de Bolívar que acabamos de leer: “Obra escrita por orden del Gobierno de Venezuela”, según se hace constar en la contraportada, siendo su autor Emil Ludwig, nombre, ciertamente, de amplia resonancia mundial, pero alusivo a pluma que no es de

nuestra raza ni de nuestra lengua. ¿Cómo así el encargo...? De igual modo que la independencia de América es fenómeno que por su propio alcance y significación ahoga todo conato de injuria o de calumnia a España, la figura de Bolívar puede ser perfilada en virtud de un criterio que la substantive por entero, sin un fondo que nos deprima. En último término, Bolívar era español, dotado de típicas virtudes raciales: las grandes virtudes que le hubieran servido, de florecer en el siglo XVI, para brindar territorios, ganados por su espíritu y espada, a los reyes de España. ¿Y no es expresivo que de la misma raza surgieran, al mudar las circunstancias históricas, conquistadores y libertadores?... Dice lo bastante a este respecto el ademán humanísimo con que España, primero, rigió las Indias y con que luego reconoció los nuevos Estados. Ni abuso de poder antes, ni resentimiento más tarde: amor e inteligencia siempre. Sabido es que a Hernán Cortés se le reprochó que, como Alejandro, "más procuraba honrar a los vencidos que a sus capitanes y soldados", pese a las victorias obtenidas. Y, mudada la suerte, no habían pasado diez años de Ayacucho cuando España instruyó a su plenipotenciario en Londres para que negociase un arreglo con "los Estados disidentes de América", ya que únicamente mediaban "desavenencias de familia". El choque había sido inevitable, y la violenta situación fué salvada con la gentileza posible, no fallando en Bolívar el tributo debido a la conducta de España y de su Ejército en el Perú. "Es una especie de prodigio lo que ustedes han hecho en este país", escribía Bolívar en respuesta a la felicitación que hubo de dirigirle Canterac, el batido en Ayacucho, con dudosa oportunidad, por otra parte.

No cuenta Emil Ludwig rasgo alguno de los muchos que denotan, incluso en las horas menos propicias, una amorosa inducción recíproca entre España e Hispanoamérica, atracción y contacto, conciencia de una solidaridad por encima de cualesquiera contingencias. Más aún: Emil Ludwig elige, en todo caso, las versiones peores, las más denigratorias de España, aceptadas y a veces acrecidas en su expeditiva prosa, sin cuidarse del rigor histórico, que, a no dudarlo, debe informar una biografía por literaria que sea. Lo grave es que esa literatura de Emil Ludwig ha de ser apreciada en sentido peyorativo. No se aventuraría demasiado quien se figurase a Bolívar como sujeto de una imponen-

te tragedia, a la manera shakespiriana quizá: el Bolívar de los últimos años, meses, días, luchando inerme, burlado en su realeza, Lear joven todavía, contra tormentas del mundo moral y del mundo físico, resuelto "a morir de tristeza y de miseria, como él mismo confesara, en los países extranjeros". Pero es mucho más fácil interpretar a Bolívar en melodrama, según hace Emil Ludwig, que fabrica un mundo de truculencia sombría e ingenuidad valerosa. A un lado, los americanos, buenos, sin posibilidad de caída; a otro los españoles, malos, sin posibilidad de redención. Le resulta a Ludwig, por tanto, un Bolívar unilateralmente proyectado sobre planos de odio a España que no pierden tensión en momento alguno ni por razón de ninguna especie: odio, sin atenuaciones ni humanos tornasoles, a una España que no podía continuar ejerciendo "su inmenso poder católico y feudal" sino en virtud de "la opresión total de quince millones de nativos americanos". Bolívar será el vengador, y le empujan resentimientos nacidos —¡quién lo dijera!— de su encumbrada posición social. No importa a Ludwig que Bolívar gozase de las ventajas inherentes al patriciado de que su noble familia participaba, en igualdad de condiciones a la vigente en España. Cuando no se puede argumentar a derechas se argumenta al revés, ironizando, recurriendo al sarcasmo. Ludwig hace entrar a Bolívar en los "secretos de su familia" y le señala una "falta" para irritarle contra la metrópoli. A saber: "La falta consistía en haber residido en el país durante dos siglos, fomentando su desarrollo, explotando sus minas, mientras que gobernadores y corregidores venían sólo por poco tiempo, como a un destierro, a llenarse los bolsillos para gozar luego en Madrid del producto de sus rapiñas..."

Que Ludwig se imagine unas clases altas en Caracas o en América toda con motivos de queja, no quiere decir que aparte sus ojos de indios vejados y de criollos preteridos. No era San Martín, como Bolívar, de extracción aristocrática, sino más bien burguesa, y asimismo llega a sentir —dice Ludwig— aborrecimiento por España, en vista de las injusticias que sufren la población indígena y su propia clase de criollos, más o menos acomodados: "Su infancia entre los indios, sus humillaciones como criollo..." Claro es que las "atrocidades" perpetradas a este respecto databan de muy atrás, de conquistadores por el estilo, *verbi*

*gratia*, de Pizarro, "que hizo sacrificar miles de indios en el Perú..." Pero ¿todavía se dice esto?... ¿No cabe en la Historia, como en el procedimiento judicial, la excepción de cosa juzgada?... ¿Ha rebatido alguien con fortuna afirmaciones como la siguiente, dictada por muy cercana y científica observación, de Humboldt?: "España no miró como colonias sus posesiones ultramarinas, sino como partes integrantes de la Monarquía", añadiendo: "De esto ha resultado una legislación más justa que la que se observa en el gobierno de las demás colonias". Hace muy poco, leíamos en el prólogo de don Ramón Menéndez Pidal a la edición de *Leyes de Indias*, que España acaba de brindar, por conducto del Consejo de la Hispanidad, a las Repúblicas hispanoamericanas: "El indio americano vive todavía donde estas leyes rigieron, y desapareció donde ellas fueron desconocidas. El apartar al indígena, para su extinción, podrá parecer conducta colonizadora de mejor éxito, pero toda concepción universalista de la Humanidad asentirá a la tendencia de nuestras leyes, cualquiera que sea el último balance que en un lejano futuro pueda establecerse." Y agrega: "La grandiosa unidad, exaltada por Plinio y por Prudencio, que Roma realizó sobre el Mediterráneo, realizó a su vez España sobre los dos Océanos del globo, sometiendo innumerables pueblos, divididos por creencias bárbaras, lenguas discordes, enemistades exterminadoras, e imponiéndoles la paz hispana, para hermanarlos con los conquistadores en religión, en sangre, en lengua y en estas leyes indianas, que tanta parte tuvieron para incorporar al Nuevo Mundo a la fe y cultura de Occidente."

No llega don Ramón Menéndez Pidal a tales conclusiones por español, sino por hombre de ciencia, aunque las caldee una legítima emoción nacional. No sería firme nuestra posición siuviésemos que apelar, meramente, al amor a España contra informaciones y juicios ligeros o torcidos. Nos basta con el amor a la verdad. Desde Humboldt y Washington Irving, por citar autores de propósito, método e instrumento muy diferentes, hacia acá, corren las caudalosas fuentes de una bibliografía que arrastra nombres de la más varia divisa nacional. Españoles, por supuesto: Fernández de Navarrete, Jiménez de la Espada, Justo Zaragoza, Coello Quesada, Coroleu, Altamira, P. Bayle... Y para mayor irrecusabilidad de los respectivos testimonios, hispanoame-

ricos —Alamán, García Icazbalceta, Restrepo, Levene, Pereyra, Junco, Cuadra...—; americanos del norte —Robertson, Stevens, Manning, Bolton y Marsall, Lummis, Gaylord Bourne...—; ingleses —Helps—; alemanes —Zimmermann—; franceses —Leroy Beaulieu, Marius André—. No parece que Emil Ludwig beba en estas fuentes, indicadas a todo el que aspire de buena fe a contrastar lo que hubiese de razón y de sin razón, de agravios ciertos y de contrahechas propagandas, de verdad que no ofende y de mentira que envenena, en los dichos y en los hechos del Libertador, de sus colaboradores y partidarios, del ambiente que todos respiraban y que por ley natural no podía menos de gravitar sobre la época evocada. Lo que en el tema seduce a Ludwig es justamente lo que haya en él de pretexto para que un espíritu antiespañol se descubra y desate. De la gloria innumerable e inmarcesible de España en América hace Ludwig materia de monstruosa acusación; pero si, mirando a Bolívar, da con el famoso episodio de los ochocientos setenta prisioneros de guerra fusilados en la Guayra, se pone en plan de comprenderlo y perdonarlo todo. “Esto, consecuencia para Bolívar —escribe Ludwig— de una terrible necesidad, era, en cambio, únicamente pasión y crueldad para los caudillos que avanzaban contra él. Nada es bueno ni malo en sí, dice Hamlet, sólo el pensamiento lo hace todo.”

Sería pueril negar el grado en que participaron de ese espíritu antiespañol a que nos referimos los promotores de la independencia americana, con Bolívar, desde luego, al frente. Pero he aquí otra cuestión. Las exigencias dialécticas de una guerra en marcha no corresponden a la necesidad ética y científica en que se encuentra quien trate de enjuiciar lo pasado, fiel a una norma de objetividad y exactitud. El toque del acierto estriba en no dar por válido todo aquello que Bolívar sostuviera al dictado de duras y apremiantes circunstancias. Bolívar, probablemente, estaba en el secreto de sus declamaciones y conocía lo que ellas significaran de forzosa concesión, puesto que en determinadas ocasiones no dejó de distinguir entre la gran España del apogeo colonial y sus gobiernos de la decadencia. Liquidada la tremenda discordia en 1824, Bolívar llegó a sentirse ganado por la serenidad del juicio e instruido por la experiencia de cuanto venía ocurriendo, a él y a los pueblos recién nacidos a la

soberanía política. “Me ruboriza el decirlo —exclamó un día—; la independencia es el único bien que hemos adquirido a costa de los demás”, y completó su pensamiento, en otra ocasión, diciendo: “Hemos destruído tres siglos de cultura y de industria...”. Ludwig hace esta cita, pero sin reconocerla toda su importancia, y pasa por ella como sobre ascuas, mientras, al contrario, ahonda, con aviesa insistencia, en los terrenos que juzga indicados al cultivo de sus prejuicios.

No es sólo que Ludwig niegue a España su egregia condición de madre de pueblos; es que, además, la culpa de haber destruído la civilización en que se desenvolvían los indígenas del Nuevo Mundo. ¿Qué era esta civilización, cuáles sus características?... ¿Se hallaba en pleno desarrollo, o languidecía agotada?... ¿Pudo España realizar el descubrimiento, la conquista y la colonización de América sin asistirse de las armas?... ¿En qué medida y al servicio de qué se empleó la violencia?... ¿No prevalece, necesariamente, si dos civilizaciones chocan, en el tiempo y en el espacio, la de superior y más humana naturaleza?... Semejantes cuestiones han sido planteadas y discutidas a fondo, quedando substanciadas en términos altamente favorables a España. Incluso arqueólogos como Raul d’Harcourt, *verbi gratia*, de probada y tendenciosa simpatía por las civilizaciones precolombinas desaparecidas, convienen en afirmar que Toltecas, Aztecas, Mayas, Quibchas, Quéchuas, etc., no conocían la rueda ni el hierro, pero sí los sacrificios humanos; la escritura no podía ser más rudimentaria y no contaban con un solo cereal panificable. ¿Cuáles pudieron ser las “instituciones indígenas” cuya “ruina total” realizaron los españoles, según Ludwig?... ¿De qué régimen de libertad y promesas de perfeccionamiento fueron privados los indígenas por los conquistadores, adelantados, en el Nuevo Mundo, de los supremos valores que la Cruz, ostentada en pechos y banderas, significaba?... ¿No se hizo, por el contrario, una luz mucho más noble y clara?... ¿Es que el respeto a las primitivas formas de la vida indígena hubiera conducido a la espléndida floración actual de los pueblos hispanoamericanos?... Ni siquiera se puede aceptar el reproche, muy superficial en todo caso, de que España, colonizadora a rajatabla, privó a la ciencia moderna de los testimonios que la hubiesen permitido conocer la situación y grado de desarrollo de los pueblos descubiertos.

A este propósito, don Carlos Pereyra ha escrito páginas concluyentes en *Las huellas de los conquistadores*. "Ninguno de los pasos de la conquista —asegura— impidió el conocimiento de la arquitectura y de la escultura precolombinas del Perú y de las altas tierras de Méjico. En la más importante de las áreas arqueológicas americanas, que es la de los pueblos mayaquiches, no penetró la conquista ni había allí algo que destruir, pues todo eran ruinas, muchas de las cuales han venido a ser descubiertas en el siglo xx." No se destruyeron manuscritos por la razón potísima de que no los había, en tesis general, y si existe alguna prueba respecto a quemas de códices y pinturas en la más avanzada tierra mejicana, García Icazbalceta hace aclaraciones cuyo por menor daría al presente artículo una extensión innecesaria. Como todo lo relativo a la destrucción de templos, aquellos templos que tenían las paredes —al decir de Bernal Díaz del Castillo— "tan bañadas y negras de costras de sangre y asimismo el suelo, que todo hedía muy malamente...". Aun dando de barato que muchas cosas dignas de ser conservadas perecieron, ¿es que la guerra se hace en el xvi, como en el xx o en otro siglo de antes o de después, con miramientos de laboratorio?... Lo que mueve a admiración es que Hernán Cortés se duela de la desaparición de determinadas construcciones que debieran permanecer "por memoria". Pereyra cita rasgos análogos, como el del virrey Enríquez, interesado en conservar "esas antiguallas de esta gente con certidumbre", facilitando su conocimiento al P. Tovar. Y alude Pereyra a otros trabajos de investigación y crítica, para preguntar: "Sin fray Bernardino de Sahagún, ¿de qué nos serviría tener jeroglíficos por toneladas?..."

Si un lector del *Bolívar* de Ludwig no supiese de temas hispanoamericanos más que lo consignado en esa obra, no tardaría, sin embargo, por poco despierto que anduviese, en sospechar falsedades e inexactitudes, dadas las contradicciones en que el autor no deja de incurrir. Y es que existen tesis tan refractarias a ser demostradas que acaba por traicionarlas el mismo que en un principio trató de sostenerlas. Ese mismo Ludwig que no perdona a España "la imposición por la violencia de una cultura y de una religión extranjeras" y que, puesto a describir el atraso de la instrucción pública en la América colonial, asegura que "estaba prohibido enseñar que la tierra gira alrededor del



sol"; ese mismo Ludwig no puede evitar más allá que se filtre un poco de luz por este intersticio de su cerrada prosa: "durante tres siglos, las generaciones se habían formado bajo la enseñanza de los clérigos españoles, de quienes mil y mil personas recibían instrucción y aprendían un oficio, e innumerables enfermos sanaban gracias a médicos y sabios españoles". La concesión es interesante y aún se prolonga acto continuo: "Pero existían también tribus, verdaderos pueblos, que se negaban a aprender nada y preferían refugiarse en las selvas inaccesibles o en los llanos para conservar la libertad de sus antepasados; eran gente anárquica, pastores nómadas, verdaderos centauros cazadores de tigres a lanzazos." Este contraste, incidentalmente producido, entre el aborigen y el conquistador anula páginas enteras de Ludwig. Pero el autor se repone pronto en su inmenso prejuicio, y continúa, no sin insistir en "la hosca libertad de estos hombres—ciertas tribus indígenas— casi salvajes", que hasta "se convertían en antropófagos", según reconoce sin empacho: "Por ambas partes se había asesinado a los jefes opuestos...". Es decir, una y otra masa eran punto menos que indistintas. Y agrega Ludwig: "Los capitanes generales temían, sobre todo, el espíritu de progreso...".

Sin un espíritu de progreso positivamente realizado por España no se explica en modo alguno la humanización del indio, ni las formas de vida alcanzadas por la población criolla, en unidad de nivel con el logrado en la propia España, a tono con Europa; ni el refinamiento social a que hubo de responder la selecta educación de Bolívar en su propia casa y medio de Caracas, tal como lo atestigua Humboldt, y Ludwig no puede negar. Humboldt, recuerda Ludwig, creía no hallar cultura alguna en América, y, por el contrario. —como lo escribió luego y seguramente se lo dijo entonces a Bolívar—, le pareció habitar en Caracas "un castillo de hadas". "Un parque grande y hermoso —prosigue—, surtidores, boscajes, estatuas y ruinas pintorescas sirvieron de escenario a una fiesta magnífica; todos rivalizaron en amabilidad y se nos rodeó de miles de refinamientos antes de nuestra partida para las selvas vírgenes del Orinoco..."

Porque éste era el ambiente que se respiraba en Caracas, con todos los pros y todas las contras del siglo XVIII, pudo Bolívar dejarse arrebatar por el doble demonio del dandysmo y de

la Enciclopedia. La sociedad distinguida de Caracas desenvolvía su existencia al ritmo de la de Madrid —como Madrid al de París—, pasando, con el natural retraso, por pruebas idénticas de lecturas y modas. No por afrancesado Bolívar deja de ser español de raza, puesto que también se afrancesaban los españoles de la Península. Pero a Ludwig le conviene apurar la nota, descastando a Bolívar, que resulta un discípulo de Voltaire, un secuaz de Rousseau, un influido por la Revolución francesa y por Napoleón, en grado máximo, sin límite ni contrapartida. Pero el juego de las ideas en el interior de una conciencia es asunto extraordinariamente complicado, y el alma de Bolívar, a más, era nada sencilla, abierta a muy contradictorias sollicitaciones, mandando en nuestro hombre mucho la vida: de ahí su afán de realidad y de realización, cualesquiera fuesen sus fracasos y fugas. No edificó sobre arena movediza, ni aró en el mar, como cuentan que dijo, moribundo. No parece que lograra su anhelo de crear grandes democracias, en su más puro sentido, si es que sinceramente aspiró a establecerlas. Pero ¿no hay en el ejercicio de sus poderes cesáreos, de su reñido caudillaje, una rectificación, dijera lo que dijera, del concepto liberal de la autocracia, del orden, de la disciplina?... En sus famosas palabras al Congreso de Angostura está la profesión de una vehemente fe en la seguridad social, en la estabilidad política, en la adaptación de todo régimen a la naturaleza y al genio de la nación respectiva.

Justamente, en relación con España, recién nacida también al constitucionalismo liberal, Bolívar se expresó de la siguiente manera, en carta al general Olañeta, que reproduce O'Leary en sus *Memorias*: "La Constitución española es un monstruo de una forma indefinible; semejante al Gobierno del gran Turco, aunque con apariencias enteramente opuestas; lo que en Constantinopla hace el Gran Señor, en Madrid lo ejecuta constitucionalmente una Asamblea de infinitas cabezas, tan absoluta en su voluntad como el primer déspota del mundo. Así se ha visto que ha hollado la religión, ha hollado el trono y no ha sembrado la libertad, porque esta preciosa planta no nace ni en los páramos helados ni en los ardientes arenales, sino en aquellos terrenos donde la naturaleza ha combinado sabiamente los principios del calor y del frío. La Constitución española, en fin, no es más que

un gobierno popular con un rey, para que estos dos extremos, en un choque perpetuo, produzcan el conflicto más doloroso y más interminable." Sorprenderá que un jacobino haga esta crítica de la Constitución de Cádiz. Pero ¿cómo no había de hacerla Bolívar, observador fiel, antidogmático, de las ondulantes realidades políticas? Ondulante era él también, por huir del modo que pudiese a todo esquema sistemático de ideas. En Bolívar hay, evidentemente, muchos Bolívares, pero el historiador y el psicólogo —ambas cualidades han de coincidir en el biógrafo— debe buscar en el fondo del carácter que describa o interprete la razón de su unidad como criatura humana. La mirada de Ludwig cala poco en Bolívar y acostumbra a escapar por la tangente de la historia antiespañola.

La reconstrucción biográfica de todo personaje exige una delicada atención al detalle. No hay detalle insignificante. Todos entran en la composición de una traza corpórea, en la definición de un espíritu. Pero el detalle tiene que ser exacto. Los hombres son como son. Ludwig atribuye a Bolívar una "voz musical". Y es el caso que no... "El mariscal Miller, que trató con intimidad a Bolívar —leemos en las *Tradiciones peruanas*, de Ricardo Palma—, y Lorente, y Vicuña Mackenna, que no alcanzaron a conocerle, dicen que la voz del Libertador era gruesa y áspera. Podría citarse el testimonio de muchísimos próceres que aún viven, y que sostienen que la voz del vencedor de España era delgada, y que tenía inflexiones que a veces la asemejaban a un chillido, sobre todo cuando estaba irritado..." Pequeña, pero expresiva muestra de ligereza y prejuicio. En definitiva, ¿qué importa la voz de un personaje?... Nos bastaría con la muda elocuencia estatuaría de un mármol o un bronce. Pero este *Bolívar* de Ludwig es una figura de cera.

M. FERNÁNDEZ ALMAGRO.



C R O N I C A S

